

Escuela de Ciencias Sociales y Humanidades, UNED, Costa Rica
<https://revistas.uned.ac.cr/index.php/espiga>
ISSN: 1409-4002 • e-ISSN: 2215-454X

A manera de colofón

Estrellas azules en un mapa

Amigas y amigos:

Todo tipo de recuerdos me unen a las cinco universidades públicas de Costa Rica. Mis días de estudio y mis horas de enseñanza en la Universidad de Costa Rica, se suman a mi esperanza en los ingenieros del Instituto Tecnológico, como «la nueva locomotora laboral del país». Mi fe en las humanidades de la Universidad Nacional se funde con la inspiración que siempre he sentido por la labor social que realiza la Universidad Estatal a Distancia. A esto se suma el aporte de las universidades técnicas que han demostrado que la educación técnica es un complemento indispensable de la educación profesional. Cada una de las instituciones de educación superior de Costa Rica ha sido determinante en la configuración de nuestra idiosincrasia. Cada una de ellas comparte la responsabilidad de que ésta sea una nación en donde la libertad, la justicia, la solidaridad y la prosperidad hayan sabido compartir el escenario. Y la Universidad Estatal a Distancia guarda un espacio privilegiado en ese escenario.

Centros de enseñanza como la UNED son vitales porque puedan acortar las distancias, y prolongar las esperanzas de superación de las personas. Es ésa una misión tan profunda y hermosa como la enseñanza misma. ¿Qué significa la distancia? Cualquiera diría que es el simple espacio entre dos puntos. Pero para un niño en medio de una guerra civil, la distancia entre su aldea y un campamento de refugiados es la distancia entre la muerte y la vida. Para una madre que ha tenido que migrar a otro país, y así poder enviar remesas a su familia, la distancia entre su lugar de trabajo y su hogar es la distancia entre la inanición de sus hijos y su alimentación. No se debe subestimar la distancia, porque no se trata de una simple cuestión de espacio, también tiene que ver con el acceso a las oportunidades.

Esta universidad acorta las distancias entre el nivel educativo de una generación y el nivel educativo de la generación que la sucede. La UNED acorta las distancias entre nuestros sueños y nuestras realidades, porque es a partir de la educación de nuestra población que lograremos llegar a ser el país desarrollado que tanto hemos anhelado. Mi profundo agradecimiento a la UNED, y en especial a mi buen amigo Rodrigo Arias, su rector, por permitirme acortar la distancia y venir a conmemorar el Día Internacional de la Paz en esta institución. Para mí, ningún lugar es más propicio para esta celebración que un centro universitario, ya que anhelo un mundo que se parezca cada vez más a un campus universitario, y cada vez menos al infierno de un conflicto armado. En muchos sentidos, un campus universitario es lo opuesto a un campo de guerra. En la universidad se promueve el disenso y el pensamiento crítico. En la guerra se promueve la uniformidad y la sumisión irreflexiva. En la universidad se defiende el derecho de cada quien a construir la vida que sueña. En la guerra se le impone el deber de entregar su vida por orden ajena. En la universidad se admira el pensamiento. En la guerra se admira la fuerza. En la universidad son héroes quienes obtienen buenas calificaciones y ayudan a sus compañeros. En la guerra son héroes quienes acumulan muertos y persiguen a sus enemigos.

Uno de los ideólogos de las organizaciones internacionales más icónicas, un luchador incansable por la paz a través del entendimiento entre las naciones, el diplomático noruego Christian Lange, dijo, en 1921 en su discurso de aceptación del Premio Nobel de la Paz, las siguientes palabras: «Si la humanidad fuera un ente fisiológico, entonces la guerra –la guerra internacional tanto como la guerra civil– es el suicidio». Creo, al igual que creía Lange, que la maquinaria de la guerra va contra cualquier impulso natural del ser humano. Va contra el instinto de preservación de todo organismo vivo. Y sobre todo va contra la razón, contra la prodigiosa capacidad de pensamiento abstracto que nos fue concedida exclusivamente a nosotros, entre todos los animales del orbe. No hay que ser un pacifista empedernido para comprender que la guerra es absurda. Y, sin embargo, ¡cuántos hombres y mujeres aún defienden la necesidad de las agresiones militares! ¡Cuántos hombres y mujeres aún intentan argumentar, por medios racionales, lo que constituye la más irracional de las actitudes: pretender la paz a través de los instrumentos de la guerra! No son pocos los que creen, como Federico El Grande, que la «diplomacia sin armas es como la música sin instrumentos». Clausewitz decía que la guerra es la continuación de la política por otros medios. Yo pienso que la guerra es el fracaso de la política. La firma de mi Plan de Paz por los presidentes centroamericanos, en agosto de 1987, no fue sino la derrota de las políticas belicistas de Ronald Reagan y Mijail Gorbachov.

No siempre gana una guerra quien lleva la verdad, sino quien lleva las mejores armas. Costa Rica descansa segura en la convicción de que cualquier lucha que gane, la ganará por ser superior en la razón, por tener mejores argumentos, por estar del lado de la verdad.

Los ejércitos son nuestros sueños derrotados. Son nuestras ideas vencidas por el miedo y nuestras ganas apagadas por la impaciencia. Cada hombre que armamos es un símbolo de que hemos perdido la más importante de nuestras luchas: la de las ideas. Estoy convencido de que la abolición de un ejército no es una aventura aislada de un pueblo soñador, sino el propio destino del ser humano que Costa Rica protagonizó antes de tiempo.

Una vez que dejé la presidencia de la República en el año 1990 viajé por el mundo auspiciando la paz, la desmilitarización y el desarme en innumerables foros internacionales y en conferencias en universidades y parlamentos. Intercambié experiencias e ideas con miles de personas, valientes y generosas, que compartían mis sueños de llegar a construir sociedades sin armas.

Cuando al final de mi primer mandato nos disponíamos a reconocer al nuevo gobierno panameño, logré persuadir al presidente Guillermo Endara de tomar la histórica decisión de reformar su constitución política y abolir su ejército. Convencido de que el ejemplo de Panamá podría ser seguido por las demás repúblicas hermanas de Centroamérica y el Caribe volví mis ojos hacia Haití. Después de la salida de los militares golpistas y la restauración del gobierno constitucional, luché sin descanso por la abolición del ejército haitiano, un hito que alcanzamos cuando el presidente Jean-Bertrand Aristide eliminó el financiamiento de sus fuerzas armadas, aunque no pudimos abolirlas constitucionalmente. Después viajé al África subsahariana, donde intenté persuadir a ocho jefes de Estado de abolir sus ejércitos o, al menos, disminuir sus gastos militares. En África, ningún gobierno acogió mis sugerencias.

¡Cuán difícil es cambiar una cultura de guerra por una de paz! Se requiere de un esfuerzo colectivo y de una educación masiva en que todos somos profesores, desde los gobernantes hasta los padres de familia. Debemos educar a nuestros jóvenes para la paz.

Debemos dotar a los estudiantes con las habilidades necesarias para promover sociedades más humanas. En el mundo que los jóvenes de hoy heredarán, la cooperación entre las naciones y entre los individuos será un requisito para la supervivencia. Por eso debemos formar seres humanos que entiendan la paz como la máxima expresión de sofisticación: no como la concesión de los débiles, sino como el logro último de los valientes.

No podemos permitir que la educación sea un sencillo compendio de datos sin valores, una transmisión de ideas sin emociones. No podemos permitir que eduquemos eruditos y no sabios. Que formemos exegetas y no seres humanos. Necesitamos introducir en el currículo académico una asignación para educar para la paz. Si las universidades, si las escuelas y los colegios fallan en transmitir la elemental preocupación por la paz, la educación fracasa como instrumento de cambio; fracasa como vía para sanar los dolores de la humanidad. Si hacemos de la paz una asignación extracurricular, acabará por ser una actitud extracurricular, una rareza de los bohemios y los soñadores, y no la misión de los académicos. Educar para la paz y con la paz quiere decir construir en las aulas el mundo que queremos ver en las calles.

Un título universitario no garantiza *per se* la adquisición de una escala de valores morales. Hay en los anales de la humanidad demasiados actos de *barbarie* ejecutados por personas estudiadas. Hay demasiados ejemplos de líderes políticos y militares que no usaron su educación más que para sembrar odio y división. ¿De qué le sirve al mundo forjar letrados, si esos letrados no comprenden el valor de una vida? ¿De qué le sirve al mundo formar catedráticos, si esos catedráticos consideran que no hay nada malo o censurable en una invasión militar ilegal? ¿De qué le sirve al mundo educar jóvenes, si a esos jóvenes les da lo mismo que mueran decenas de personas cada día en la más cruenta, la más absurda, la más aberrante de las violaciones a los derechos humanos: el enfrentamiento armado? ¿De qué le sirve al mundo graduar estudiantes si a estos estudiantes no les importa que por primera vez en la historia de la humanidad, en 2022 el gasto militar alcanzó 2300 billones de dólares? Estados Unidos y China dan cuenta de más de la mitad del gasto registrado, pero en promedio los países destinaron casi un 6 % de su gasto gubernamental a las armas. Para ponerlo en perspectiva, esto es casi 12 veces más que todo el monto destinado a la ayuda al desarrollo, a pesar de los récords alcanzados en este rubro durante la pandemia. Estas cifras no contabilizan aún la invasión rusa a Ucrania, que ha servido como escenario para un tremendo despliegue del complejo industrial militar. Solo Estados Unidos, por ejemplo, gasta hoy diez veces más que Rusia.

No existe mayor prueba del verdadero compromiso con la agenda de desarrollo sostenible que la forma en que asignamos el gasto. Si queremos evaluar los valores de nuestros gobiernos, no busquemos en discursos ni proclamas, sino en los presupuestos. Es ahí donde se manifiesta que seguimos cortejando los peores fantasmas del pasado, que seguimos apostándole a la muerte, convencidos de que de alguna manera así protegemos la vida. Es urgente que encontremos caminos para renovar el contenido de la democracia y la calidad de nuestra vida cívica. Estoy convencido de que no habrá democracia, ni vida cívica, ni desarrollo sostenible, si no hacemos de la educación para la paz la prioridad de nuestra acción política.

Desde muy temprano en mi carrera política afirmé que hacer política es educar, que gobernar es educar. Que vivir, hacer política y gobernar es educarse. Con resultados que no puedo ni debo juzgar, siempre traté de ajustar mi conducta como ciudadano, como político y como gobernante, a las exigencias de este principio. Por encima de todas las definiciones posibles, considero que la educación está vinculada esencialmente a la

búsqueda de la verdad, a una humana aspiración de claridad y transparencia éticas. La claridad ética es el objetivo último de toda forma de educación verdadera. Esto es algo que gobernantes y educadores no deben olvidar nunca: el bien educativo máspreciado que los dirigentes pueden ofrecer a sus conciudadanos es la congruencia entre lo que se piensa, lo que se dice y lo que se hace.

No solamente en los centros educativos se puede educar a los ciudadanos para la paz. Es en la tribuna política y en el ejercicio de la función pública en los que el dirigente ejerce una gran influencia educativa. Cuando consideramos los peligros que corre la democracia, especialmente en aquellos países en los que esta experiencia es nueva o vacilante, lo primero que viene a nuestra mente es la ineptitud educativa de tantos dirigentes, de tantos gobernantes que, en vez de luz, crean oscuridad al decir a los pueblos lo que éstos quieren oír y no lo que deben escuchar, y que abren abismos insondables entre el pensamiento, la palabra y la acción. Hoy, el podio del gobernante se encuentra prácticamente en la sala, en el comedor o en la alcoba de cada familia, y su ejemplo puede ser constructivo o devastador para la sociedad.

No se educa a los jóvenes privándolos de la claridad y la transparencia. Decir paz y fomentar la guerra, decir justicia y propiciar la arbitrariedad, decir democracia y actuar autocráticamente, es condicionar y dominar, es someter y no liberar. A los jóvenes se les puede educar desde el liderazgo, para la libertad o para la esclavitud, para la democracia o para el totalitarismo, para la tolerancia o para el sectarismo. La influencia de los líderes puede tener efectos negativos cuando éstos utilizan la tergiversación y la mentira como recurso para alcanzar el poder o para mantenerse en él.

Estoy convencido de que el progreso y la educación deben ser una cuestión de valores. Educar en los valores es fundamental. La paz es un valor, quizás el más importante y por eso debemos protegerlo, preservarlo y fortalecerlo. Es por esta razón que necesitamos una educación con un norte ético, una educación orientada a preservar la vida como valor principal de la especie humana. Podemos enseñar la paz como un valor de miles de formas. Yo, sin embargo, me referiré a la educación para la paz en la historia de nuestros pueblos, a una educación para la paz que sea creativa y humanista.

Al enseñar el valor de la paz en la historia, estaremos librando una batalla contra corriente, pues la guerra ha cavado sus trincheras en casi todas las naciones. Hay tantos libros de texto en que las guerras no son sino estrellas en un mapa: estrellas azules en donde se cosecharon victorias, estrellas rojas en donde se perdieron batallas. Aquellos para quienes las guerras son los eventos definitivos en la historia de una nación, utilizan las estrellas como símbolos ya que no se atreven a mostrar imágenes más detalladas que éstas.

Los educadores son los guardianes de nuestras tradiciones y de nuestra historia. Son quienes controlan la narrativa histórica y quienes dan forma a los valores de una nación. Así es que deben decidir ¿Cómo enfocarán sus clases de historia? ¿Poniendo énfasis en las más célebres batallas o en destacar la firma de los tratados de paz más famosos? ¿Aprenderán los estudiantes a alabar al decidido general o al tenaz diplomático? Las figuras que los educadores elijan para ser héroes de nuestra historia serán también los modelos a seguir por nuestros estudiantes.

Si queremos buscar la paz entre las naciones, debemos enseñar que los valores que pregonamos trascienden las fronteras. Nuestras enseñanzas deben versar no solo sobre los logros de Costa Rica, sino también sobre los logros de la democracia; no solo sobre los triunfos económicos de uno u otro país, sino también sobre el triunfo de la libertad

de expresión, de la libertad de asociación, de la igualdad ante la ley, del derecho a vivir en paz. Si hemos de buscar en los anaqueles de nuestra historia, busquemos no solo las glorias de nuestras naciones, sino también las glorias del espíritu humano.

La educación para la paz debe ser creativa porque no creo que la paz sea una disciplina que se pueda enseñar con libros de texto. Requiere de la imaginación y del ingenio. Requiere que los estudiantes aprendan a desarrollar capacidades de adaptación a circunstancias adversas. Requiere ser un laboratorio similar a la realidad, en donde los estudiantes deben aprender a ver el mundo por un lente más amplio, a entender que hay muchas maneras de abordar los problemas y muchas formas de solucionarlos. Al final del camino, toda guerra es el fracaso de las políticas que se emplearon para evitarla. Entre más opciones aprendan a encontrar nuestros estudiantes, y más capacidad tengan de ser creativos en la solución de los conflictos, más pacífico será el mundo en que vivimos.

He dicho que la educación para la paz debe ser también una educación humanista. Porque solo una educación integral puede erradicar la intolerancia que es la base de la guerra. Conocer historia universal, conocer sobre otros pueblos y otras culturas, es esencial para formar una juventud abierta de mente y de espíritu. Nuestros jóvenes necesitan desarrollar empatía con quien vive en circunstancias diversas. Necesitan comprender que hay un mundo más allá de sus narices y de sus fronteras. Necesitan tener una idea de cuán interconectado está el destino de todos los seres humanos, porque solo entonces entenderán que la seguridad está en declararles la paz al mundo, y no solo a los aliados o a los amigos.

Amigas y amigos:

Hay en el mundo tantas muestras de estulticia que uno duda si en realidad seremos la especie pensante de la Creación. Pero aún en medio de la locura son muchísimos los que siguen teniendo la cabeza sobre los hombros. Hay una fuerza libertadora que en todos los confines del planeta clama por un nuevo orden internacional. A nuestra lucha incesante contra nuestros problemas internos y externos, aplican aquellas hermosas palabras de Winston Churchill:

«Puede que cada día progrese. Puede que cada paso dé sus frutos. Siempre se extenderá ante nuestros ojos un camino que se alarga, que se empina, que se llena de obstáculos. Sabemos que nunca llegaremos al final de nuestro viaje. Pero esto, lejos de desalentarnos, solo añade alegría y gloria a la escalada».

No tenemos más opción que continuar caminando hacia la cima, porque al final, estamos lidiando con más que números y estadísticas, más que avanzadas tecnologías, más que la acumulación de conocimiento para nuestro propio beneficio. Al final, estamos lidiando con los derechos y el desarrollo sostenible del ser humano.

En el mundo del conocimiento globalizado, hacia el que se dirigen en su mayoría las actuales sociedades, la educación para la paz es la prioridad más importante para inducir en los seres humanos del futuro los valores, las aptitudes y las percepciones que les permitirán alcanzar su máxima realización en libertad, dignidad y prosperidad. Y es ese un camino que nunca podremos abandonar.

La UNED me honra profundamente al designarme como embajador de la Paz. Pero, sobre todo, se honra a sí misma. Porque hoy le muestra al mundo que cree en la bondad del ser humano; que cree en la capacidad de los pueblos de aprender de sus errores y de reescribir la historia. Un centro educativo que se compromete con la causa de la paz es

un centro educativo que le muestra a sus alumnos, y a su país, que tiene en orden sus prioridades.

Si enseñamos la paz como un valor, si creemos en la paz como un valor, entonces nuestros estudiantes también lo creerán. Y si ellos lo creen así, cuando les corresponda ocupar nuestro lugar, hablarán con palabras claras y honestas y tratarán que los recursos económicos de sus gobiernos sean dirigidos a curar las enfermedades, y no invertidos en armas y soldados. Solo si hacemos esto, en los libros de historia se pondrán las estrellas azules sobre las ciudades en que se firmaron tratados de paz. Y entonces tal vez, como triunfo final, derribarán algunos muros por su cuenta.

Con una educación para la paz en la historia, una educación para la paz creativa y humanista, una educación preocupada por preservar la vida, nuestros estudiantes pueden hacer prodigios, pueden rectificar errores, pueden construir un mundo de paz. Y entonces mi título de embajador para la Paz ya no será necesario. Y yo seré feliz porque al final, siendo espíritu, recuerdo o palabra, veré mi sueño convertirse en realidad.

¡Muchas gracias!

Óscar Arias Sánchez¹
Expresidente de la República
Premio Nobel de la Paz

¹ Este texto corresponde al discurso que el autor dictó el 21 de setiembre de 2023 en la Universidad Estatal a Distancia, en el marco del Día Internacional de la Paz. Se publica en este especial a solicitud del Instituto de Investigación para la Paz-IIP, de la UNED.

El Comité Editorial constituido para el número especial, **Educar para una paz posible**, estuvo integrado por Karen Carranza Cambronero (coordinadora del IIP), Allyson Núñez Méndez (integrante del Comité Asesor del instituto) y Rubén Rojas Grillo (integrante del Comité Asesor del instituto), quienes tuvieron a cargo la supervisión del proceso de evaluación por pares, así como la aprobación de cada ensayo.